

# LA GUERRA DEL PACIFICO

Horacio Justiniano Aguirre  
Vice-Almirante (R) \*

## A.— INTRODUCCION



os permitiremos intentar algunas definiciones y exponer otros antecedentes tendientes a facilitar

la comprensión de la naturaleza de la guerra y de la estrategia, con el propósito de entender mejor a quienes tuvieron la responsabilidad de concebirla y conducirla en los diferentes niveles.

El Estado condiciona su accionar político al logro de ciertos objetivos —los objetivos nacionales—, tras cuya obtención tendrá que enfrentar seguramente innumerables dificultades y metas contrapuestas y antagónicas.

La pasión que anida en el núcleo humano y la fuerza volitiva que lo mueve, jamás pueden estar ausentes; el gobernante no hace más que aunar y orientar esas fuerzas cuando ellas afloran espontáneamente como respuesta ante una grave amenaza o como exigencia imperiosa de desarrollo. El cuerpo social, como el humano, tienen parecidas y similares reacciones.

Clausewitz fue el primero en señalar la naturaleza política de la guerra en su génesis y conducción, definiéndola como instrumento de la política que constituye un acto violento destinado a forzar al adversario a someterse a nuestra voluntad. En esencia, la estrategia consiste

en concebir, preparar y dirigir las grandes maniobras, enlazando el conjunto de las fuerzas y elementos en el campo bélico para someter la voluntad del adversario.

Napoleón es quien realmente impone su carácter a la guerra moderna que hasta entonces había sido sólo una acción de los ejércitos. La población civil contribuía indudablemente con dinero, recursos generales y hombres, pero nada más se movilizaba. Las naciones sufrían los rigores de la guerra igual que ahora y siempre, pero su participación era más pasiva, sin movilizar sus fuerzas vivas, recursos y potencialidades en un esfuerzo conjunto.

Con las guerras del Imperio, el conflicto se hizo total, siendo ese el factor de fuerza de los pueblos bárbaros cuando luchaban contra naciones civilizadas. Así una Francia arruinada y desgarrada logra vencer a coaliciones europeas poderosas.

Otra característica de las guerras napoleónicas es que fueron guerras absolutas. No se concebía la victoria si no se aniquilaba totalmente el poder adversario capturando su capital. Se jugaba el todo por el todo, única forma concebible y considerada además un método superior de guerra, el único aceptable para los grandes capitanes. Sin embargo, el anhelo de llegar a Moscú fué su perdición.

\* El autor solicita dejar constancia que para la elaboración del presente artículo contó con el valioso aporte personal del Contralmirante Sr. Francisco GHISOLFO Araya y Capitanes de Fragata Srs. Alfredo GALLEGOS Villalobos, Mario MOMBERG Díaz, Jorge ARANCIBIA Reyes y Germán GODDARD Dufeu.

También hoy las guerras son totales y la nación entera se debe preparar para enfrentarlas con sus rigores y sacrificios, y la marcha normal del país debe modificar su curso para orientar sus mejores esfuerzos hacia la lucha que se avecina.

Sin embargo, como ocurre ahora, cuando la potencia de las armas ofensivas ha superado con creces a las capacidades de los medios defensivos, las guerras difícilmente pueden ser absolutas, se pena de que no haya vencedores sino únicamente vencidos.

Esto ha llevado a las grandes potencias a no arriesgar sus intereses vitales, dirimiendo sus diferencias periférica y marginalmente en la estrategia del peón de ajedrez, como en los casos de Corea, Vietnam y Cuba.

Los países menos fuertes también han debido limitar sus guerras, no ya en violencias, sino en sus objetivos y esfuerzos haciéndolos compatibles con su capacidad y economía.

Ni Chile, Perú y Bolivia u otro país sudamericano podrían hoy prolongar una guerra por años o conquistar todo un país pretendiendo aniquilar integralmente su poderío; la dependencia tecnológica, la capacidad económica y la eventual intervención de las grandes potencias no permiten, en principio, desarrollar guerras absolutas en la actualidad.

Las naciones en conflicto deben conformarse con un objetivo limitado, el que puede consistir a veces en una porción del territorio enemigo, no muy sensible, de manera que se le pueda inducir fácilmente a abandonarlo cuando los esfuerzos de la guerra superen el valor asignado a él.

Por otra parte, hoy no se concibe un campo tan reducido como el puramente militar para aplicar la estrategia ante la realidad de la guerra fría y ante el desaparecimiento simultáneo de la gran guerra y de la verdadera paz, según la expresión de Raymond Aron.

El mariscal Foch ha expresado que estrategia es el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver un conflicto.

André Beaufre ha señalado que lo esencial es convencer al adversario de que emprender o proseguir la lucha es inútil.

Inversamente a la militar y romántica concepción de Clausewitz, en la cual el quiebre de la voluntad de lucha del adversario se obtie-

ne mediante una victoria militar, la decisión se lograría creando y explotando una situación que acarrée antes su desintegración moral para llevarlo a aceptar las condiciones que se le quieren imponer. Para alcanzar dicho propósito, la estrategia dispone de una amplia gama de medios materiales y morales, que van desde el bombardeo nuclear hasta una simple demostración de fuerza, presencia militar, guerra psicológica, guerra económica u otras formas de presión.

En la actualidad se concibe una estrategia total al más alto nivel nacional, encargada de la dirección de la guerra total en la que participa la nación en armas a través de los cuatro campos de acción o frentes: político, económico, interno y militar. Es la estrategia de los Jefes de Gobierno asesorados por los Ministros respectivos y los Comandantes en Jefes de las Fuerzas Armadas.

En consecuencia, la guerra, en su acepción tradicional basada en el empleo de fuerzas militares, no vendría a constituir en todos los casos la continuación de la política, sino que podría ser empleada alternativamente con diversos tipos de acción o presión de la más variada forma e intensidad, en uno o más de los cuatro frentes mencionados, integrados dentro del campo de la estrategia total.

Esta última comprendería, a su vez, dos tipos distintos de estrategia: una directa en la que prima el empleo de fuerzas militares y otra indirecta en la que la fuerza militar puede estar totalmente ausente o incidir en grado mucho menos significativo que los demás campos de acción para lograr la decisión.

Ante este tipo de guerra, compleja, y sobre todo tan onerosa, el país que decida ir a un conflicto deberá tener muy presente los siguientes aspectos:

- a) Para qué se lucha, es decir, cuál es el objetivo político.
- b) La preparación y motivación de toda la nación para enfrentar los rigores y esfuerzos de la empresa.
- c) El logro de una gran capacidad de dirección a nivel Gobierno y Altos Mandos militares.
- d) La creación de fuerzas móviles y potentes.
- e) Ventaja de asumir y mantener la iniciativa política y estratégica.

f) Evitar que al final de la guerra se produzcan vacíos políticos o económicos que constituyan causas potenciales de nuevos conflictos.

Varias de estas consideraciones tenían plena validez en 1878 y el panorama general que hemos esbozado hasta aquí nos ayudará a entender esta guerra en particular para saber si fué bien conducida o pudo haberlo sido mejor.

## B.— EL CONFLICTO

### 1.— SITUACION DE LOS BELIGERANTES.

La situación en que Chile se encontraba en la época que nos preocupa está expuesta en forma muy clara y precisa en la Historia de Francisco A. Encina; de modo que sólo nos limitaremos a señalar brevemente algunas conclusiones relativas a los cuatro campos básicos de la actividad nacional de los beligerantes.

#### a.— Frente diplomático.

La situación del frente diplomático de Chile era de un notorio debilitamiento para sostener sus derechos en el campo internacional, debido a un exagerado sentido americanista de la élite dirigente que se había apartado por completo del carácter netamente nacionalista del gobierno portaliano. Esta debilidad se manifestó particularmente respecto a las ambiciones argentinas sobre la Patagonia, que prácticamente fué cedida en definitiva por Chile a través del pacto Fierro-Sarratea ante la inminencia del conflicto con Perú y Bolivia.

La actitud belicista de esta última no debió ofrecer dudas, lo mismo sus esfuerzos concretos por comprometer a Perú, sin lograr convencer a Argentina de participar en el conflicto, al menos en forma directa.

#### b.— Frente interno .

El Presidente Aníbal Pinto llamó al gobierno al gabinete encabezado por Belisario Prats y constituido por los liberales que apoyaron anteriormente al gobierno de Errázuriz, neutralizando así la división en dos núcleos que afectaba a ese partido y excluyendo a radicales y conservadores pero permitiendo a los naciona-

El país vivía una situación interna normal y ordenada, pero dentro de una completa inestabilidad política, cuyos efectos iban a ejercer una influencia negativa durante la guerra.

En el Perú, algunos mandatarios impusieron transitoriamente el orden el que fatalmente desaparecía con ellos. El sentimiento de nacionalidad era eliminado por la ambición y la corrupción.

En Bolivia ocurría algo similar con la ausencia de probidad y de ideales superiores, dominando el egoísmo y la vanidad.

#### c.— Frente económico.

Los efectos de la crisis de 1873 afectaban todavía a Chile, habiendo desaparecido definitivamente la convertibilidad del papel moneda y reducido en un 500/o los presupuestos del Ejército y la Armada.

Es notable que el país haya podido afrontar la guerra solamente con sus recursos ordinarios, 52 millones de pesos en papel moneda y con empréstitos internos, siéndole posible además continuar con el servicio de sus deudas externa e interna.

La situación económica del Perú era la bancarrota, habiéndose desarrollado la gestión financiera en una atmósfera de inmoralidades y escándalos diversos. El producto de la venta del guano resultaba insuficiente para el servicio de las deudas contraídas.

La carencia de datos estadísticos y la retrasada estructura de su administración impiden representar con cifras la capacidad económica boliviana.

#### d.— Frente bélico.

El enganche voluntario constituía la base humana en Chile, tanto del Ejército de Línea como de la Marina de Guerra.

El Ejército permanentemente contaba con 2.200 hombres, de los cuales 400 eran oficiales, y estaba organizado en cinco batallones de infantería, dos regimientos de caballería y un batallón de artillería. La Guardia Nacional, que debía constituir su primera reserva, había sido reducida a 6.600 plazas.

Para armarlo existían 12.500 fusiles y la caballería contaba con 2.000 carabinas.

En los Arsenales de Santiago existían

2.800.000 cartuchos y no se podía fabricar cañones ni municiones en general.

Su entrenamiento lo realizaba en Arauco, impidiendo las incursiones de los indígenas en contra de las poblaciones de la comarca. Para ello debía fraccionarse en pequeñas guarniciones, lo que no proporcionaba oportunidad de práctica en ejercicios y operaciones de grandes unidades.

La Escuadra chilena estaba constituida por los blindados Cochrane y Blanco, las corbetas O'Higgins, Chacabuco, Esmeralda y Abtao y las cañoneras Magallanes y Covadonga. Sólo los blindados y la Magallanes estaban en condiciones relativamente aceptables pero los demás buques se encontraban con sus calderas en mal estado y sus cascos sin calafatear ni carenar.

La Escuadra efectuaba ejercicios de conjunto, aunque ellos eran más escasos de lo que hubiese sido deseable debido a razones de economía.

En 1879 el Ejército peruano contaba con 4.300 plazas de soldados y suboficiales y 1.300 de oficiales, todo lo cual completaba aproximadamente 5.600 hombres. Ese Ejército de Línea estaba integrado por siete batallones de infantería, tres regimientos de caballería y dos regimientos de artillería. La Guardia Nacional contaba con 65.000 hombres. La infantería del Ejército de Línea estaba armada con distintos modelos de fusiles y la caballería contaba con 900 carabinas; al igual que la chilena estaba armada con sables, pero no con lanzas. El Ejército de Línea peruano estaba desplegado en Lima, Chorrillos, Cuzco, Junín y Lambayeque y contaba con alrededor de un millón de tiros de munición menor pero no existían fábricas de municiones en el país.

Los peruanos reclutaban generalmente para su Ejército gran número de negros y mulatos, cuya disciplina era regular y pobre su adiestramiento, y que no había sido entrenado para operar con grandes unidades.

La Armada estaba conformada por los blindados Independencia y Huáscar, las corbetas Unión y Pilcomayo y los monitores Manco Capac y Atahualpa. Sus transportes eran el Chalaco y el Limeña, contando además con el Talismán, pequeño buque de 300 toneladas. Las baterías del Callao se hallaban fuera de servicio hasta marzo de 1879.

Los buques peruanos estaban mal conservados, siendo necesario alistarlos para entrar en campaña lo que fué casi completado en marzo del mismo año. Para esto contaban con un excelente dique en Callao, el que por su capacidad de levante permitía efectuar la carena a todas las unidades navales. La Armada tenía un acopio de seis mil proyectiles de artillería.

El Ejército boliviano era de 1.300 plazas, distribuidas en tres cuerpos de infantería y dos de caballería incompletos. La Guardia Cívica, aunque de existencia muy irregular, era de 54.000 hombres.

## 2.— GENESIS DEL CONFLICTO.

### a.— Causas reales y lejanas.

#### 1) Problemas limítrofes con Bolivia.

Aunque la imprecisión de los mapas coloniales ha sido mencionado como origen de problemas limítrofes con Bolivia, numerosos antecedentes históricos permiten comprobar que Chile jamás fué limítrofe con ésta y que como colonia, ya sea Audiencia de Charcas o parte del Virreinato del Plata, nunca tuvo acceso al mar ni a puerto oceánico alguno.

Fué Sucre quien, al margen de toda norma de derecho internacional, ocupó Cobija impulsándolo como puerto franco bajo la soberanía de Bolivia, lo que no fué rechazado oportunamente por Chile preocupado de la situación anárquica imperante después de la abdicación de O'Higgins.

#### 2) Pugna económica con Perú.

Chile siempre ejerció soberanía sobre el desierto de Atacama hasta el río Loa, según el primer censo de 1813 en Caleta Paposó, según la publicación efectuada en 1817 por el Subdelegado de Copiapó del bando de la Independencia promulgado por O'Higgins y de acuerdo con el bloqueo del litoral peruano desde Guayaquil a la latitud 21°48' Sur, dispuesto y proclamado en 1819 y 1820.

Consolidada su situación política interna, Chile continuó con la búsqueda y explotación de los recursos mineros y del guano en la zona, lo que, al no permitir monopolios al Perú, constituye quizás el origen más profundo del conflicto. Todo lo cual se vió agravado con la subscripción del pacto secreto de alianza entre Perú y Bolivia de 1873.

### 3) La crisis financiera del Perú.

La crisis financiera y económica paralizaba al Perú desde 1870 habiendo crecido seriamente su endeudamiento, para salvar lo cual, el Presidente Pardo estableció en 1873 el estanco del salitre, asegurando su monopolio y el del guano mediante el pacto secreto con Bolivia antes mencionado.

En consecuencia, salió en defensa de su aliado, aduciendo que Chile intentaba adueñarse de su litoral. Adoptó, por lo tanto, diversas medidas de alistamiento en el país y realizó las gestiones tendientes a la adquisición de material bélico en el extranjero, intentando a la vez entorpecer esfuerzos chilenos realizados con fines similares.

### 4) Actividad y esfuerzos chilenos en la zona.

A partir de 1846 el esfuerzo de brazos y capitales transformó en un emporio de riquezas un territorio inhóspito, llegándose en 1878 a una situación en la que la mayor parte de la población, empresarios, brazos y capitales eran chilenos en Antofagasta.

#### b.— Causas inmediatas o aparentes.

Las causas inmediatas y aparentes que precipitaron la iniciación del conflicto fueron, respecto a Chile, el remate de las salitreras de la Compañía dispuesto por las autoridades bolivianas al negarse aquélla a aceptar el gravamen de 10 centavos por quintal y, por parte de Bolivia, la ocupación de Antofagasta por fuerzas chilenas el 14 de febrero de 1879.

## 3.— CONDUCCION POLITICO-ESTRATEGICA.

#### a.— Los Objetivos.

Podría decirse que lo que caracterizó a esta guerra fué la carencia de objetivos claros y definidos, al menos por parte de Chile. Quizás éstos estaban subyacentes y se fueron configurando poco a poco y antes de que los gobernantes de la época tuvieran la visión política necesaria para percatarse del fondo o raíz del problema, el pueblo, con una intuición verdaderamente asombrosa, comprendió que la guerra perseguía un logro, que había una meta que estaba en juego, una razón más allá de lo material.

Fué este impulso hecho cuerpo en la Nación, lo que actuó como fuerza avasalladora, al carecer de una conducción intelectual firme y acertada. Llevaron la guerra a su fase final: el aniquilamiento del poderío militar del Perú, la ocupación de su capital y, finalmente el quiebre de su voluntad de lucha después de casi 5 años de guerra.

Por otra parte, su conducción estratégica fué, como es lógico, la más afectada por la falta de orientación política. Una guerra que pudo durar menos de un año, se prolongó excesiva e innecesariamente. Interferencias diversas entrabaron las operaciones, y la imposibilidad de visualizar el objetivo estratégico final impidió lograr la unidad y economía de esfuerzos que eran necesarios. Se marchó hacia adelante en fuerza, con arrojo y heroísmo, pero a costa de mucha sangre y esfuerzo.

No fué una guerra total, ya que el país, excepción hecha de la contribución en hombres y medios, no alteró fundamentalmente su ritmo de vida, salvo por el impacto de los acontecimientos que sacudían cada cierto tiempo a la Nación. Fué una guerra expedicionaria en un desierto inhóspito y fronterizo, pero no fué una guerra absoluta al estilo napoleónico, porque estuvo ausente el propósito.

Con ella, Perú buscaba obtener la hegemonía en el Pacífico Sur y lograr el monopolio del salitre, lo que lo ponía indudablemente en oposición con Chile, que se había mantenido desde su Independencia como la mayor potencia marítima en esta área del océano.

Bolivia iba a la lucha para buscar el dominio de los territorios situados entre los paralelos 23 y 25° Sur, lo que requería la ocupación militar y luego la explotación económica de esos territorios.

Este objetivo la oponía a Chile, que ya ocupaba de hecho y por derecho esa zona, pero no la identificaba con Perú que tenía similares intereses.

El objetivo político del gobierno chileno, como se dijo, no fué definido en un comienzo. No se tenía intenciones de carácter hegemónico, ni se ambicionaba la conquista de territorios. Solamente se trataba de reafirmar su soberanía y defender los derechos de sus connacionales. A medida que avanzaba la guerra y el éxito acompañaba a nuestras armas, las metas fueron definiéndose, hasta que con claridad se vislumbró el objetivo final y el anhelo nacional.

### b.— Concepción general de la guerra.

En la concepción general, las operaciones militares dependían de las operaciones navales; luego, la guerra se desarrollaría en dos fases sucesivas: la campaña marítima y la terrestre.

Era necesario lograr la decisión en el mar a fin de que conquistando su dominio, Chile pudiera explotarlo en su beneficio, transportando su ejército y bastimentos al teatro de operaciones.

Tal era la concepción del gobierno y también la de Williams Rebolledo, el Comandante en Jefe de la Escuadra. Sólo diferían en el método.

El plan del Gobierno era destruir la Escuadra peruana en el Callao mientras los buques aún estuvieran sometidos a reparaciones o, en todo caso, bloquearla en sus fondeaderos. Si esta operación daba resultados, se enviaría rápidamente una división de 4000 a 5000 hombres a Iquique en convoyes que ya se alistaban en Valparaíso para adueñarse de la región salitrera del Perú en Tarapacá, área geográfica que pasaba a constituirse así en el objetivo estratégico.

Este plan, en su concepción era excelente, pero Williams Rebolledo no concordaba con él por razones netamente profesionales que, lógicamente, el Gobierno no podía apreciar y que analizaremos más adelante.

### c.— Campaña marítima.

Iquique, Punta Gruesa y Angamos revisten aisladamente verdadera importancia por las repercusiones estratégicas, morales y políticas que tuvieron para el desarrollo de la guerra, proporcionando al Ejército la necesaria movilidad estratégica para atacar al adversario en su propio territorio y contar con un abastecimiento adecuado y oportuno.

### d.— La Campaña Terrestre.

Conquistado el dominio del mar, el Ejército se movilizó rápidamente, pero la opinión pública ya hacía sonar su voz exigiendo una ofensiva sobre Callao y Lima para decidir en el palacio de los Virreyes la suerte del Perú. El Gobierno, por su parte, partía de la idea de que no se había ido a la guerra aspirando conquistas territoriales, pero que la posesión mili-

tar de Tarapacá, de la rica región salitrera y del litoral entre los paralelos 23 y 26 había llegado a ser la única garantía para Chile de asegurar una indemnización adecuada por los sacrificios y el costo de la guerra. Para prevenir una intervención extranjera que impidiese un acuerdo con Perú y Bolivia, lo mejor era ocuparla inmediatamente.

Errores políticos, diplomáticos, tácticos y estratégicos prolongaron la guerra innecesariamente y la campaña de Tarapacá derivó en la de Tacna y Arica; ésta en la de Lima y, finalmente en la de la Sierra, que terminó cuatro años después.

Si el objetivo era la conquista de Tarapacá, debió haberse consolidado ese territorio, ocupándolo primero militarmente previa derrota de la fuerzas enemigas en presencia, y consolidando luego lo ocupado. Perú sin flota y sin posibilidades por lo tanto de reforzar o maniobrar por mar, se hubiera visto obligado al choque frontal y a desplazar sus fuerzas desde Lima al frente por malos y vulnerables caminos. En esa situación habría sido imposible continuar la lucha y habría tenido que desistir como consecuencia obligada del desgaste.

Si, por el contrario, se pensaba llegar a Lima y, como conquistadores, quebrantar la voluntad de lucha en forma tan radical como definitiva, el curso de acción más conveniente debió haber sido golpear primero el corazón del Perú, desembarcando en Ancón u otra área próxima al Callao.

La guerra es un drama apasionante y quiérase o no, no podemos evitar la tentación de reflexionar sobre lo que habría ocurrido si Chile, en lugar de volcar tanto esfuerzo hacia Lima se hubiera quedado en Tarapacá, consolidado ese objetivo y, todavía intacto en su vigor y espíritu, y con un ejército ya aguerrido y probado en combate, se hubiera vuelto hacia el sur, hacia la heladas estepas patagónicas.

No debemos olvidar que en 1879 nuestros enemigos fueron tres: uno de ellos actuó exitosamente en el campo diplomático, y únicamente dos fueron derrotados por las armas.

Ganar la guerra es importante pero lo es más aún ganar la paz. La primera compete normalmente al militar, la segunda, es responsabilidad fundamental del estadista.

#### 4.— OPERACIONES NAVALES.

El carácter geográfico esencial de Chile y el Perú y de los teatros de operaciones respectivos, por su condición insular más que marítima, representaba una dependencia absoluta de las comunicaciones marítimas. Esto determinó una fundamental gravitación de las operaciones navales en el conflicto. Así lo ha señalado reiteradamente la historia de nuestra República desde los albores de la Independencia hasta nuestros días.

Esta realidad resulta tan evidente que ha sido destacada por numerosas personalidades nacionales y extranjeras conocidas por su erudición respecto a la importancia del dominio del mar, comenzando por el ilustre padre de la Patria Libertador General Bernardo O'Higgins.

Es interesante también citar la opinión de Gabriel Darrieus, Capitán de Navío de la Armada francesa, que se refiere a la guerra entre Chile y Perú en los siguientes términos: "Esta campaña naval, aunque en un campo restringido, nos proporciona el caso de una excelente lección de estrategia, que agrega una nueva contribución a la demostración de la utilidad de una marina. Como quiera que sea, la pérdida de la **Independencia**, destruyendo el equilibrio de la fuerza naval en favor de Chile, cambió el giro de los acontecimientos y señaló el fin del conflicto, que nada podía impedir, como no fuese la reconstrucción de la flota peruana".

Quizás, el pensamiento visionario de Diego Portales contribuyó también en gran medida a impulsar con prioridad la denominada campaña marítima, antes de emprender cualquier operación terrestre de envergadura, según sus precisas instrucciones al Almirante Blanco Encalada al iniciar la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana expresadas así: "Las fuerzas navales deben operar antes que las militares dando golpes decisivos; debemos dominar para siempre en el Pacífico, ésta debe ser su máxima ahora y ojalá fuera la de Chile para siempre".

Sin embargo, lo que aparece muy claro en principio puede no ser aconsejable ante de-

terminadas circunstancias en que la naturaleza de la guerra en el mar obliga frecuentemente a modificar la orientación teórica de las operaciones, de modo de enfrentar en la mejor forma posible la realidad que se viva.

A diferencia de lo que ocurre en tierra, la fuerza naval que no desea comprometerse en una acción decisiva, está en mejores condiciones para eludir la batalla, retirándose a su base o a otras áreas en las que el adversario se vea obligado a afrontar riesgos inaceptables si persiste en buscarla.

Una sana estrategia aconseja, en tal caso, no desperdiciar esfuerzos excesivamente persistentes, ni correr riesgos inaceptables para localizar, interceptar y destruir un adversario que elude el encuentro. Por el contrario, puede ser más conveniente acometer sin demora la realización de otras operaciones más urgentes y esenciales para la suerte de la guerra, adoptando simultáneamente con ellas toda acción tendiente a lograr la destrucción de la fuerza enemiga en caso de que se presente a intente interferir las operaciones; la importancia de éstas puede constituir un premio de significación estratégica que la obligue a concurrir y aún, a afrontar la decisión.

Las consideraciones expuestas tienen una directa relación con las primeras operaciones navales por parte de Chile, tanto respecto al plan inicial del gobierno como a la orientación que el Comandante en Jefe debió imprimirles ante una flota que rehuyó la acción, inicialmente, debido a que no se encontraba lista según el Presidente Prado informaba a sus conciudadanos y, posteriormente, porque se consideraba inferior en potencial a la chilena.

El plan de destruir la Escuadra peruana en el Callao fué desestimado por el Almirante porque, en su concepto, las baterías de esa base y la situación de las unidades navales enemigas, lejos de estar desmantelada como han sostenido algunos historiadores, estaban en condiciones operativas desde el 14 de marzo de 1879. Esta apreciación se basaba en lo informado al Gobierno repetida y oportunamente por nuestro dinámico Ministro en Lima, Joaquín Godoy, cuyos diversos mensajes expresaban textualmente: "La Escuadra peruana se encuentra reunida y lista en el Callao, donde tanto sus unidades como las baterías terrestres efectúan frecuentes prácticas de tiro".

La Escuadra chilena se vería ante un riesgo inaceptable, que comprometería seriamente las operaciones terrestres y la guerra en caso de fracaso, debido a que las unidades tenían sus fondos sucios y no podían desarrollar su andar máximo. Además carecían de un grado mínimo aceptable de apoyo logístico como era principalmente el carbón, elemento indispensable para el éxito de una ofensiva de movimiento contra un objetivo distante, que obligaba a operar tan alejado de la base de operaciones.

Esta resolución, basada en una serena y fría apreciación de la situación, debió ser adoptada con decisión, carácter y alto sentido de responsabilidad por el Almirante Williams Rebolledo, en cuyas manos el Gobierno había entregado amplias facultades para conducir la guerra marítima. Dicho ataque constituía una mera recomendación y en ningún caso fué, ni podría haber sido, una orden superior perentoria.

Por el contrario, se estableció el bloqueo de Iquique y se realizó la destrucción de elementos de carguío en diversos puertos del litoral. Estas operaciones caen dentro del ejercicio del dominio del mar, que no es privilegio exclusivo del más fuerte, no logrando sin embargo, atraer a la Escuadra enemiga para destruirla.

Ellas tuvieron más bien un resultado negativo, pues Grau tuvo tiempo para mejorar el alistamiento de sus naves y se completó el transporte de tropas y el establecimiento de Arica como base de operaciones. La presión del Gobierno y de la opinión pública obligaron, finalmente a Williams a realizar su ofensiva contra el Callao, con los resultados conocidos que condujeron a los acontecimientos de Iquique.

Esta acción, que debe ser comprendida agrupando en una sola lo acaecido en dos áreas tan próximas entre sí como Iquique y Punta Gruesa, constituye una batalla, porque batalla naval es la denominación que corresponde a una acción de significación estratégica. El éxito moral y material que tuvieron ambos episodios respectivamente, modificaron de manera substancial la situación estratégica naval. El poder naval adversario fué reducido severamente y Chile conquistó el dominio virtual del mar.

Su repercusión excedió los límites nacionales y en lo moral dice Encina: "el alma del héroe se transformó en Iquique en el alma del pueblo chileno".

Este contraataque mayor peruano, en su defensiva en el mar, consistió en accionar contra parte de la fuerza chilena buscando su desgaste para intentar su posterior destrucción. Su fracaso redujo a Grau al campo de la guerra de corso y a las operaciones estratégicamente defensivas. Dada la extensión del medio, las denominadas "correrías" del Huáscar, unido al genio táctico de Grau, fueron exitosas hasta el 8 de octubre de 1879, fecha en que Chile conquistó definitivamente el dominio del mar con su captura.

Así desapareció el poder naval peruano, lo cual, en adelante, significó plena libertad de acción para la realización de las operaciones terrestres.

Por eso Iquique y Angamos constituyen los dos hitos más significativos en el desarrollo de las primeras operaciones y de la guerra, ya que la primera representó la mitad del logro y la segunda, la culminación de las operaciones chilenas tendientes a la conquista del dominio del mar.

Debe reiterarse que estos dos éxitos estratégicos, pese a su significación, no debieron constituir exigencias previas para el desembarco de Pisagua ya que éste pudo haber sido realizado en el momento estratégico adecuado, con o sin la oposición de Grau. De haberse interpuesto, nuestra Escuadra lo habría destruído dentro de su misión de cobertura.

Las operaciones navales desarrolladas posteriormente tienen una directa relación con la seguridad del transporte de las fuerzas terrestres requeridas para las campañas sucesivas antes mencionadas. En posesión del dominio del mar, la libertad de acción de las fuerzas chilenas fué amplia, pero dado el carácter de relativo e imperfecto de éste, no era posible negar absolutamente su uso al adversario. De modo que su ejercicio y las operaciones de proyección contra objetivos ubicados en territorio enemigo constituyen el centro de gravedad de la actividad naval durante el resto del conflicto.

Por sus características y gravitación especial, cabe destacar dos de ellas: una es la expedición que, al mando del entonces Capitán de Navío Patricio Lynch, fué realizada contra el litoral norte del Perú, con 2.500 soldados de caballería y artillería embarcados en los transportes Itata y Copiapó, apoyados por las

corbetas Chacabuco y O'Higgins. Su misión consistió en accionar ofensivamente contra el litoral, destruyendo muelles, ferrocarriles y otras instalaciones, e imponiendo contribuciones de guerra en dinero y especies, para lo cual estaba facultado para internarse hasta 25 kms. Sus operaciones abarcaron Chimbote, Islas Lobos, Paíta, Eten, Malabrigo, Pacasmayo, Salaverry, Trujillo y Quilca, consiguiendo infligir daños de significación política, estratégica y económica.

La otra operación es el bloqueo de El Callao, que duró más de nueve meses y que fué suspendido recién cuando las tropas victoriosas en Chorrillos y Miraflores hicieron su entrada en Lima. Su propósito era lograr el aislamiento del teatro de operaciones central del Perú, para contribuir al éxito de las operaciones terrestres. Sin embargo, cabe destacar el gran desgaste de las fuerzas bloqueadoras como consecuencia de la duración y características negativas de la operación. En efecto, pese al dominio del mar logrado, las amenazas fueron severas y permanentes, constituídas por lo que en estrategia marítima se denomina la reacción de la tierra sobre el mar. Ello representa el conjunto de acciones ofensivas que, basadas en su litoral, las fuerzas adversarias son capaces de realizar para desgastar a las fuerzas bloqueadoras. Unido esto a las exigencias de apoyo logístico lejano, las someten a una severa prueba.

## 5.— CAMPAÑAS TERRESTRES.

### a.— Introducción.

Reivindicado el territorio nacional de Antofagasta y eliminado el poder naval peruano en los combates de Punta Gruesa y Angamos, cabe recordar el acuerdo adoptado por el Consejo de Estado el 13 de Abril de 1879, referente al Objetivo Político de guerra que decía a la letra:

“Asegurar la posesión del territorio al sur del paralelo 23° Sur y lograr la abrogación del Tratado Secreto de 1873. Eventualmente, de acuerdo con el desarrollo de la guerra, si se derrotara a la Armada peruana o se lograra que Bolivia se retirara de la Alianza, obtener compensaciones territoriales del Perú para asegurar que este país deje de ser una amenaza en el equilibrio sudamericano”.

### b.— Campaña de Tarapacá.

A la luz de estos objetivos y de los éxitos mencionados, podemos intentar el análisis de la campaña de Tarapacá, que es la materialización del deseo de obtener territorios para asegurar el límite Norte del país.

Lo anterior queda de manifiesto con la carta del Presidente Pinto a Sotomayor de fecha 23 de septiembre, que dice: “Destruído el Ejército peruano y demás de ese departamento, considero concluída la guerra”.

Para cumplir este anhelo, el plan chileno previó efectuar un desembarco al norte de Iquique, puerto en cuyas proximidades se encontraba concentrado el Ejército aliado de Tarapacá para penetrar en el desierto cortando inicialmente la retirada del enemigo y, luego, bloquearlo y destruirlo en Iquique.

La primera fase de este plan está representada por el exitoso desembarco de Pisagua el 2 de noviembre y la consolidación de la posición hasta Hospicio, incluyendo también la acción victoriosa de nuestra caballería en Pampa Germania el 6 del mismo mes.

Al ocurrir estos sucesos, el Mando Aliado había decidido concentrar al norte de Pisagua el Ejército de Tarapacá con las fuerzas de Tacna y Arica, ordenándosele al General Buendía abandonar Iquique y dirigirse a Tacna.

Como la guerra en el desierto está muy condicionada por la necesidad de asegurar las aguadas, parte de las fuerzas chilenas pasó de Hospicio a Dolores, desde donde se continuaría al sur para dominar Pozo Almonte, La Noria y cerrar el cerco de Iquique.

La retirada del Ejército Aliado y la falta de informaciones sobre el enemigo condujeron a la batalla de Dolores, la cual por la distribución de fuerzas del momento, presentó al Ejército chileno en inferioridad numérica ante sus enemigos.

El éxito táctico chileno corrigió errores estratégicos cometidos y consolidó la conquista de Tarapacá, siendo el puerto de Iquique ocupado el 23 de noviembre. El hecho de no explotarse el triunfo permitió al enemigo retirar sus fuerzas y concentrarlas en Tarapacá, antes de continuar su retirada al Norte.

Nuevamente la falta de informaciones y un tardío intento de cortar la retirada de los vecinos, decidió al Mando chileno a enviar un

destacamento que, por su reducido número y una increíble imprevisión logística, fué derrotado en el combate de Tarapacá, el que, sin modificar el resultado de la campaña, significó un doloroso golpe para nuestras armas.

Si tuviéramos que precisar el término de esta campaña, bien podría ser la llegada de Buendía a Arica el 17 de diciembre con los 3.700 hombres restantes de su ejército.

Dicha campaña, con un costo de 1.029 bajas, entre muertos y heridos, dio a Chile la posesión de territorios hasta la Quebrada de Camarones y el control del salitre. Para los Aliados, significó una crisis política que derribó a sus Presidentes y la acentuación de la mala situación económica, agravado todo esto por un fuerte debilitamiento moral de sus frentes internos.

#### c.— Campaña de Tacna y Arica.

Resuelta la continuación de la guerra, el plan chileno consistió a grandes rasgos en desarrollar una ofensiva sobre Moquegua, destruir las fuerzas enemigas y capturar Arica, para cumplir lo cual, nuestro Ejército fué transportado por mar a Ilo el 25 de Febrero; en ese puerto estableció su principal base de operaciones, y desde allí inició la penetración hacia Moquegua, desplazamiento que condujo al combate de Los Angeles el 22 de marzo, y la victoria de Baquedano sobre Gamarra, dejó virtualmente aislado al Ejército Aliado acantonado entre Tacna y Arica.

Ante esta situación, el Mando chileno decidió efectuar una ofensiva tendiente a conquistar el valle del Sama, Tacna y finalmente Arica.

Por su parte los Aliados conformaron el Primer Ejército del Sur, que con 15.650 hombres, tenía por misión defender Tacna y Arica. El Segundo Ejército, al mando del Coronel Leiva con base en Arequipa y compuesto por 3.200 hombres, debía hostigar la retaguardia chilena.

Estas operaciones tuvieron su desenlace en la batalla de Tacna el 26 de mayo de 1880, en la que, aplicando una discutida táctica de asalto frontal y con un costo de 2.000 bajas, se derrotaron las fuerzas enemigas.

Esta batalla, junto con representar el término de la participación de Bolivia, marcó el fin de las pretensiones Aliadas de éxito en el conflicto.

El asalto y toma de Arica el día 7 de junio vino a cerrar la campaña de Tacna dejando en manos chilenas desde el valle del Sama al sur, con lo cual se había logrado un espacio de seguridad que permitía consolidar la explotación de los ricos territorios conquistados en la campaña anterior.

#### d.— Campaña de Lima.

El fracaso de las negociaciones tendientes a poner término al conflicto decidió al Gobierno a efectuar el asalto final a la capital peruana para imponer las condiciones de paz.

Para lograr lo anterior, se dispuso el traslado por mar de una vanguardia de 12.000 hombres al puerto de Pisco, operación que quedó cumplida el 19 de noviembre.

El grueso del Ejército de Operaciones se embarcó para ser trasladado a Chilca, donde se reuniría el 22 de diciembre con la vanguardia que se desplazaría por tierra desde Pisco. Luego de una serie de malentendidos, el Ejército chileno de 26.413 hombres se concentró el 27 de diciembre en el valle de Lurín, inmediatamente al sur de Lima.

Por su parte, el Mando Aliado, al comprender que la amenaza se materializaría desde el sur, concentró en ese sector el Ejército de Línea de 20.000 hombres, con la misión de defender la línea de Chorrillos, en tanto creaba un Ejército de Reserva de 12.000 hombres para cubrir una segunda línea defensiva en Miraflores.

Después de múltiples discusiones del plan de batalla y otros tantos reconocimientos, se decidió aplicar el plan del General Baquedano, el cual consistía nuevamente en un asalto frontal a las posiciones enemigas, descartando el involucramiento recomendado por el Ministro Vergara.

La victoria que definió la situación en favor de las armas chilenas cobró en este caso 3.318 bajas. Los analistas militares estiman que fue de mucho mejor realización que concepción. Después de 24 horas perdidas en intentos para obtener la rendición incondicional de la capital, se inició el 15 de enero el ataque a las defensas de Miraflores. Era ésta una acción que no podía tener otro resultado que el aniquilamiento de las fuerzas de defensa del Perú.

El 17 de enero de 1881 en la tarde las tropas chilenas entraron a Lima.

### e.— Campaña de la Sierra.

El General Avelino Cáceres había formado un ejército de 3.000 o 4.000 soldados regulares que, basados en la sierra peruana, impedía todo acuerdo con el invasor. Este hecho impulsó al Gobierno de Chile a disponer una campaña con el propósito de eliminar los últimos focos de resistencia peruana, la que sería iniciada contra Junín durante la primera quincena de enero de 1882 mediante una hábil maniobra concebida por el Almirante Lynch. Las dificultades del terreno y clima impidieron su realización en la forma prevista, siendo necesario perseguir al enemigo en su retirada hacia los cerros de Pucará, pero sin lograr la decisión. Después de ello y de múltiples sacrificios, nuestras tropas abandonaron la sierra, sufriendo, aparte de las penurias físicas, el dolor de dejar tras ellos a los 77 héroes de La Concepción.

Una segunda fase de esta campaña podemos situarla en la nueva ofensiva montada contra el General Cáceres, luego de oponerse éste a la tentativa del General Iglesias de firmar la paz con Chile.

En esta oportunidad, la División del General Gorostiaga, integrada por 1.600 hombres, se vió enfrentada a los 4.000 soldados de Cáceres el 10 de julio de 1883 en la acción que la historia conoce como la batalla de Huamachuco.

En ésta, un resultado inicialmente desfavorable, gracias al valor y al empuje de nuestros soldados, se transformó en resonante victoria. Ella significó la eliminación definitiva de los últimos esfuerzos de resistencia armada del Perú.

Esta campaña ha permitido destacar nítidamente lo que debe entenderse por voluntad de lucha, coraje, esfuerzo y heroísmo. No debe olvidarse que su exitoso resultado permitió llegar al Tratado de Ancón.

## 6.— TERMINO DEL CONFLICTO.

### a.— La actividad política previa a la firma de los Tratados.

La paz aceptable para los Estados beligerantes, responsabilidad insoslayable de la diplomacia y del nivel superior de la conducción política del país, se manifestó en el caso chileno en un epílogo infortunado por sus procedimien-

tos e inconsecuencias, si se lo refiere a la victoria militar que llevó al Almirante Patricio Lynch a dirigir la vida pública del Perú reducida ya toda resistencia organizada. En las actividades políticas finales, necesariamente facilitadas por el triunfo inapelable de las armas, falta una orientación tendiente a consolidar, en lo político, el triunfo militar. Es preciso recordar que en esa época, la cuestión de la guerra del Pacífico se ventilaba dentro del marco negativo resultante de la pasión política irrefrenable, la lucha religiosa y los vaivenes de la política interna.

Una vez más, los intereses políticos y económicos foráneos pretendieron imponer sus propias condiciones, satisfaciendo sus apetitos, sin miramientos para con los legítimos derechos del vencedor y, ni siquiera, de las expectativas razonables de los vencidos. Terrible experiencia aquélla, y mentís rotundo contra quienes quieren cobijar la seguridad del Estado bajo el alero de la Comunidad Internacional y sus pretendidos órganos de expresión.

### b.— Los Tratados transitorios de paz.

La victoria de las armas chilenas legítima en forma indiscutible las exigencias territoriales de Chile a sus derrotados adversarios. Aniquilada la resistencia militar aliada se formaliza la firma del Tratado de Ancón entre Chile y el Perú el 20 de octubre de 1883, que, en parte esencial, establece la cesión perpetua e incondicional de la provincia de Tarapacá a Chile y la realización de un plebiscito a diez años plazo para definir el status definitivo de Tacna y Arica. A este tratado, sigue el de tregua, firmado entre Chile y Bolivia el 4 de abril de 1884, que al término de una guerra victoriosa sólo consagra en su texto la soberanía de Chile sobre los territorios comprendidos entre el paralelo 23 Sur y la desembocadura del río Loa, es decir, sobre aquéllo que le pertenecía por derecho, presencia y actividad.

Así, se da el contrasentido que, dueño del Ejército y la Escuadra más poderosa de Hispanoamérica y disponiendo de los recursos del guano y del salitre, Chile renuncia motu proprio a sus títulos sobre los 700.000 kilómetros cuadrados de la Patagonia a fin de cortar la eterna disputa de los límites con la Argentina. Vencedor en la contienda del Pacífico, sólo toma las provincias de Antofagasta y Tarapacá, pobladas en un 80% por chilenos.

### c.— Los instrumentos definitivos de la paz.

En 1904, veinte años después de la tregua y tras largas negociaciones, se firma el tratado definitivo entre Chile y Bolivia, el que junto con consagrar el dominio absoluto y perpetuo de Chile sobre los territorios ocupados en virtud del Pacto de Tregua, determina a la vez indemnizaciones económicas apreciables y facilidades de tránsito comercial que han constituido desde entonces una pesada carga para el erario nacional. No sin razón se pregunta Conrado Ríos Gallardo, si otras naciones han procedido con igual magnanimidad y dando plazo ilimitado al vencido. "Sin remontarnos demasiado en la historia, ¿fueron más generosos los aliados con Francia en 1814? En sesenta días tuvo que firmar una paz con las bayonetas desnudas en su casa".

Cincuenta años después, se suscribe el tratado definitivo con el Perú el 3 de junio de 1929, que zanja la única cuestión pendiente entre ambos países, cual era la suerte de los territorios de Tacna y Arica; pero, paralelamente, introduce obligaciones para Chile, inaceptables para un país vencedor.

La política internacional tiene su tarea específica y primordial en la discusión y finiquitación de la paz y sobre ella recae, al igual que en la estrategia militar, el juicio histórico relativo a sus éxitos y fracasos. Es deplorable que la magnanimidad chilena hacia Bolivia haya encontrado como único eco en ese país, la agitación sistemática, estridente e irracional del problema de su mediterraneidad y del revisionismo de los tratados. El Chile de hoy, con voluntad férrea e irrenunciable espíritu de soberanía, se opondrá al revisionismo, por principio, no aceptando otro fin que no derive del acuerdo bilateral entre los ex-beligerantes dentro del marco del respeto y armonía fundamental para lograrlo.

### C.— CONCLUSIONES.

1.— Séanos permitido destacar a continuación algunas reflexiones finales respecto a la lección que nos deja el conflicto.

El estudio de la guerra del Pacífico es de vital interés para comprender su trascendencia histórica, casi comparable a la de las guerras de la Independencia, pues su desenlace convirtió a Chile en potencia sudamericana.

Una nación amante de la paz, en la que no hay cabida para afán expansionista alguno, está obligada a deducir conclusiones de las experiencias con el propósito de poder corregir los errores cometidos. Así será posible adoptar oportunamente medidas tendientes a mantener una paz digna y estable, y lograr de ese modo seguridad para su desarrollo, forma de vida, bienestar y prosperidad a que tienen derecho sus ciudadanos.

Debemos destacar que, hoy como ayer, nuestros anhelos de paz con todas las naciones amigas son profundamente sinceros, pero no deben ser interpretadas erróneamente como un signo de debilidad. El pueblo chileno, que ha sabido enfrentar las amenazas con coraje, defenderá con toda energía su seguridad y soberanía impulsado por su conocida fuerza moral y cohesión, cualquiera sea el origen del elemento perturbador que pretendiese amenazarlas nuevamente.

2.— El conocimiento de la naturaleza de la guerra, de la estrategia y de las características del eventual conflicto constituyen una responsabilidad compartida entre políticos y militares. Es obligación de aquéllos señalárselas a éstos, coordinando la acción de todos los frentes o campos de acción para la concepción, preparación y desarrollo de la estrategia total.

3.— Es la esencia de este conflicto que nos preocupa, la que debe orientar al estadista en la selección de los elementos más adecuados para enfrentarlo, tanto los medios políticos, como los económicos, psicológicos y militares para su empleo coordinado y/o alternativo, si esto último resulta más aconsejable.

4.— Por otra parte, la elección de cierto objetivo estratégico, que puede ser muy adecuada para un conflicto, puede ser totalmente inapropiada para otro, aún entre los mismos beligerantes.

5.— La ética en general, la rectitud en los procedimientos, el respeto de la palabra empeñada, de la justicia y del derecho, la vía pacífica para la solución de las controversias y el rechazo de la violencia y de la guerra, constituyen normas de conducta propias de pueblos nobles., pero la dura realidad obliga a reconocer que no siempre ocurre así y que, por el contrario, los intereses particulares de los Estados los llevan a veces a apartarse de ellas. El gobernante está obligado entonces a ser realista y objetivo, sin forjarse ilusiones respecto a pretendidas buenas

intenciones de eventuales adversarios, que podrían no ser acreedores de nuestra fe y confianza.

6.— El potencial general nacional constituye el más sólido respaldo para una política exterior orientada particularmente hacia la seguridad nacional.

Es oportuno destacar la especial relevancia, que dentro de dicho potencial reviste el poder naval, especialmente para naciones marítimas, porque las particulares características de las fuerzas navales les permiten ejercer una gravitación muy significativa, que conviene tener presente para explotarlas cuando sea necesario.

La primera es su flexibilidad, desde el punto de vista del derecho internacional, en el sentido de que pueden ser desplegadas sin violar la integridad territorial de otros Estados. La fuerza, bajo el horizonte, aún sin ser vista gravita frente a determinadas crisis.

En segundo lugar, cuentan con una flexibilidad logística muy adecuada, lo que las independiza en grado suficiente de su base y les permite ejercer un efecto más persistente, por períodos prolongados.

Asimismo, su movilidad puede ser explotada sin restricciones, basado en el libre uso de la alta mar internacional.

Cuentan, por último, con la capacidad operativa requerida para entrar en acción tan pronto arriban al área de operaciones, sin necesidad de ningún alistamiento previo.

D.— Finalmente, deseamos unirnos a quienes nos han precedido, rindiendo un respetuoso homenaje a nuestros héroes nacionales, como asimismo a tantos hombres valiosos anónimos, civiles y militares, que actuando con esfuerzo y patriotismo ejemplares en todos los niveles, aún sin participar en forma permanente en las operaciones bélicas, lograron el triunfo de la causa de Chile al superar toda clase de obstáculos en sus respectivos campos de acción. Contribuyeron así a que la nación saliese airosa en una empresa, que, a pesar de no haber sido tal vez apreciada inicialmente en todo su alcance y trascendencia, fue enfrentada con decisión, abnegación y alto sentido de responsabilidad y nos legaron así un futuro positivo y una honrosa tradición, junto con una lección inolvidable para todos sus compatriotas.

Comprendamos el mandato de la geografía y la tradición y afrontemos el desafío que significa ser ciudadano de esta nación insular, consciente de que esta responsabilidad no es exclusiva del gobernante sino de todos y cada uno de los chilenos. Así sabremos contribuir con nuestra capacidad y esfuerzo, a satisfacer los superiores intereses de la Patria.

#### BIBLIOGRAFIA

BULNES Pinto, Gonzalo. Guerra del Pacífico. Valparaíso, Imp. y Lit. Universo, 1911-19.3.V.

EKDAHL, Wilhem. Historia Militar de la Guerra del Pacífico, entre Chile, Perú y Bolivia. (1879-1883). Santiago, Universo 1917-19.3.v.

ENCINA Armanet, Fco. Antonio. Historia de Chile; desde la prehistoria hasta el año 1891. Santiago, Nascimento, 1940-1952, v.16,17 y 18.

FUENZALIDA Bade, Rodrigo. La Armada de Chile desde la alborada al sesquicentenario. Valparaíso, Imp. de la Armada, 1975. v.2.

HOMBRES y cosas durante la guerra. Serie de artículos editoriales de "La Patria" escritos con motivo de la publicación de la Memoria de la Guerra de 1881. Valparaíso, Imp. de La Patria, 1882. 203 p.

LANGLOIS, Luis. Influencia del poder naval en la historia de Chile; desde 1810 a 1910. Valparaíso, Imp. de la Armada, 1911. p. 89-147.

LOPEZ Urrutia, Carlos. Historia de la Marina de Chile. Santiago, Andrés Bello, 1969. p. 227-310.

MACHUCA, Francisco A. Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico. Imp. Victoria, 1926-1930. 4 v.

NOVOA De la Fuente, Luis. Historia Naval de Chile; desde la Independencia hasta la Revolución de 1891. 2a. ed. Valparaíso, Imp. de la Armada, 1944, p. 89-147.

PERALTA, Peralta, Juan. Arturo Prat Chacón, héroe del mar. Valparaíso, Escuela Naval. 1953.

RODRIGUEZ Sepúlveda, Juan Agustín. Rectificaciones a la historia de la Guerra del Pacífico. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1977. 19 p.

RODRIGUEZ Rautcher, Sergio. 1879: La gran lección. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1977. 186 p.

WILLIAMS, Héctor. Verdad, sepultura de la difamación. Respuesta a la diatriba de Francisco A. Encina en el tomo XVI de su Historia de Chile. Valparaíso, Imp. de Prisiones, 1953. 110 p.

WILLIAMS Rebolledo, Juan. Operaciones de la Escuadra Chilena mientras estuvo a las órdenes del Contra-Almirante Williams Rebolledo. 1882.

